

El primer día de colegio

Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: Carles Salas



Esa mañana, el señor Cabezagacha se levantó nervioso. El sol no brillaba tan fuerte como lo había hecho en las últimas semanas, y aquello sólo podía anunciar algo horrible. Sin pensarlo dos veces, el señor Cabezagacha se apresuró a comprobar sus sospechas, y saltando para no tropezar con ninguno de los tres gatos que vivían con él y que tenían por costumbre enroscarse en sus piernas, corrió hacia la cocina, y de un tirón arrancó el calendario que colgaba en la puerta de la nevera. De repente, un escalofrío le sacudió el cuerpo. Si el calendario no se equivocaba, había llegado el día más espeluznante y horripilante del año. El día en que se acababan las vacaciones y estaba a punto de empezar la escuela.

El pobre señor Cabezagacha no podía creerlo. De repente, un sudor frío comenzó a caerle rostro abajo, mientras un no sé qué le estrujaba el estómago y le subía cuesta arriba, impidiéndole respirar.

– Pero señor Cabezagacha... ¿cómo puede ser que otra vez volvamos a estar así? –preguntó la vieja Adela, mientras entraba por la puerta como hacía cada mañana para llevarle el libro de crucigramas–. Cada año estamos igual.

Y es que el señor Cabezagacha era el profesor de la escuela de aquel pueblo, y cada año, cuando estaba a punto de comenzar el curso, le entraban todas las vergüenzas y los miedos.



¿Y si no lo hacía lo suficientemente bien? ¿Y si no les gustaba a los niños? ¿Y si no recordaba las lecciones? ¿Y si no sabía explicar? O lo que era aún peor... ¿y si no hacía ningún amigo?

La vieja Adela, que aparte de ser la vecina del piso de arriba era una buena amiga que cada mañana lo visitaba para tomar el té juntos, volvió a repetirle por milésima vez que él era un buen profesor y que estaba segura, segurísima, que este año también les gustaría a los niños nuevos. Pero por más que cada septiembre el señor Cabezagacha oía las mismas palabras, no podía evitar que los nervios le arañasen el pecho, le provocaran un fuerte dolor de vientre y la fiebre le acabara subiendo a la cabeza.

Tanto miedo le daba enfrentarse a todos aquellos niños desconocidos, seguramente chillones y antipáticos que nunca querrían jugar con él, que al día siguiente, cuando la señora Adela entró en casa con el librito de crucigramas y una bolsita de galletas de cacahuete bajo el brazo, decidió que había que solucionarlo. El profesor Cabezagacha ponía tan mala cara que había llegado el momento de ir a visitar al médico. A ver si de una vez alguien encontraba una solución a todos esos males.

Pero al señor Cabezagacha tampoco le gustaba ir al médico, y si no fuera porque la vieja Adela era tan vieja como terca y porque cada arruga de su cuerpo la había conseguido a base de ganar una buena discusión, quizás se habría salido con la suya, pero con aquella mujer era imposible, así que no quedaba más remedio que vestirse con su mejor ropa y salir a la calle.

Aún no había llegado a la puerta del doctor Ramón cuando vio una niña pequeña de ojos vivos que se esperaba. También ponía mala cara. Tenía los ojos rojos de no dormir, las mejillas blancas por el dolor de vientre y un tic en la pierna derecha que doblaba de vez en cuando, seguramente a causa de los nervios.

– ¿Eres la última? –preguntó el señor Cabezagacha cuando llegó a su lado. Pero la niña no dijo nada y lo miró extrañada–. Quiero decir que si también vienes a ver al médico... –insistió el profesor.

– Creo que sí –respondió la niña con un hilo de voz–. Mamá me ha traído.

Dicho esto, hizo un estornudo que le dejó un pequeño moco colgando.

– Quizás necesitarás esto –dijo el profesor, ofreciéndole su pañuelo–. Toma, no es necesario que me lo devuelvas, tengo un montón.

La niña lo cogió, poco convencida, pero con prisa para sonarse.

– Me he resfriado –dijo–, y también tengo dolor de vientre. Y sudor en la cabeza.

– ¡Ay! Caramba –dijo el señor Cabezagacha–, exactamente igual que yo. No tendrás por casualidad una desazón aquí dentro –dijo señalándose la barriga– que te sube y no te deja respirar.

– ¡Ya lo creo que lo tengo! –respondió la niña, contenta de encontrar a alguien con quien compartir lo que le pasaba–. Mamá dice que son nervios. Como pronto comenzará la escuela...

De repente, el profesor Cabezagacha se quedó mudo. Aquella niña tenía exactamente los mismos males. Pero no podía ser. Ella era una niña, y los niños siempre se divierten en la escuela. Hacen amigos, juegan, aprenden... Era él quien estaba asustado .

Tan extrañado estaba que, tomando un poco de aire, se atrevió a preguntar:

– ¿Por qué te preocupa ir a la escuela?

La niña lo miró curiosa y volvió a estornudar. Luego se secó la nariz y, guardándose el pañuelo en el bolsillo, dijo:

– Me da miedo el profesor.

– ¿El profesor? –Dijo el señor Cabezagacha extrañado.

– Si –dijo la niña–. Dicen que a veces los profesores son terribles. Se ve que explican cosas que no se entienden, que te preguntan cuando no sabes la respuesta. Que te cogen manía y no les gustas, y que por más que te esfuerces, nunca quieren ser tus amigos.

¡Aquello sí que era inconcebible! El Señor Cabezagacha no podía creérselo. Aquella niña tenía miedo de él, y de repente se dio cuenta de que él también había tenido miedo de ella. De pronto el dolor de vientre, el del pecho, el de la cabeza y el del cuello desaparecieron, pero le quedó un pequeño dolor en el corazón. ¿Cómo lo haría para explicar a aquella niña que no debía tener miedo?

A punto estaba de hablar, cuando una enfermera apareció para hacer pasar al primer paciente.

– Adiós –dijo la niña–, y gracias –dijo señalando el bolsillo donde había guardado el pañuelo.

El pobre señor Cabezagacha no tuvo tiempo de decir nada más.



Al poco, el calendario que colgaba en la puerta de la nevera del señor Cabezagacha indicaba que el primer día de colegio había llegado. Una hilera de niños esperaba nerviosa e impaciente ante la puerta del viejo edificio. Algunos se saludaban, contentos de volver a verse después de las vacaciones, mientras otros se miraban y se observaban por primera vez. Todos llevaban una buena mochila en la espalda, habían desayunado fuerte y habían ido a dormir temprano para tener las neuronas bien despiertas. Pero entre todos ellos estaba la niña de ojos rojos que no había dormido mucho, que todavía tenía las mejillas blancas por dolor de estómago y un tic le movía la pierna que se doblaba de vez en cuando debido a los nervios.

El timbre sonó, la puerta se abrió y todos aquellos niños y niñas entraron alocados en la que sería la nueva aula. Después de todo, tampoco parecía que fueran tan antipáticos, pensó el señor Cabezagacha mientras los espiaba por la ventana. De hecho sólo hacían que reír y en los ojos se les notaban las ganas de aprender. Quizás sí que podrían ser amigos, pensó, pero entonces se fijó en la niña que estornudaba al fondo y se acercó.

– Quizás necesitarás esto –dijo el señor Cabezagacha ofreciéndole su pañuelo–. Toma, no es necesario que me lo devuelvas, tengo un montón –añadió.

La niña lo miró sorprendida y enseguida lo reconoció.

– ¿Qué hace aquí? –preguntó la pequeña sin poder creérselo.

– Soy el profesor –respondió el señor Cabezagacha con una sonrisa dulce.

Entonces la niña abrió los ojos como platos y de golpe dejaron de hacerle daño, igual que la boca, la nariz y el pecho.

– ¿El profesor? –exclamó aún desconcertada.

– Sí. Pero no conozco a nadie –añadió el señor Cabezagacha un poco avergonzado–. Así que... he pensado que quizá podríamos ser amigos.

La niña no podía creerlo. No parecía que aquel fuera un profesor horrible y espantoso como tantas veces había oído. De hecho, tenía más bien cara de simpático.

Pero el señor Cabezagacha aún la miraba esperando una respuesta, así que la niña abrió una sonrisa de oreja a oreja y dijo:

– Yo me llamo Paula. ¿Y tú?

Ese día el señor Cabezagacha aprendió que a menudo tenemos miedo de aquel que nos lo tiene a nosotros, y que es exactamente de tontos eso de ir por el mundo asustado. El profesor Cabezagacha juró que no volvería a estarlo nunca más. Desde aquel momento cada año esperaba contento el final de las vacaciones, y marcaba con una señal muy grande en todos los calendarios el día del inicio del curso. Aquel era el día en que se encontraría con un montón de niños nuevos, con muchas ganas de divertirse y de aprender. Si en algún momento le devolvía aquel miedo pegajoso que se le colgaba a la espalda, él miraría atrás desde la pizarra y se fijaría en algún pequeño que tenía tanto miedo como él. Entonces se acercaría y, al oído, le preguntaría si quería ser su amigo. Y cuando uno ya tiene un amigo, no le hace falta temer.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/es>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

Sant Joan de Déu 

HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA